

## POBLAMIENTO Y DESARROLLO CULTURAL EN LA CUENCA DE VERA DURANTE LA PREHISTORIA RECIENTE

Germán Delibes\*, Margarita Díaz-Andreu, M.<sup>a</sup> Dolores Fernández-Posse, Concepción Martín, Ignacio Montero, Isabel K. Muñoz, Arturo Ruiz

*RESUMEN.*- Se presentan en síntesis los resultados de la investigación realizada en la desembocadura del río Almanzora para intentar conseguir la reconstrucción del modelo de poblamiento y la evolución histórica de la zona durante la Prehistoria reciente. En esta tarea se utilizan tanto los datos procedentes de las nuevas excavaciones del yacimiento calcolítico de Almizaraque realizadas entre 1980-1984, como de la prospección de su territorio próximo, así como la información de la documentación arqueológica de la colección Siret (materias, notas y cuadernos de campo). La continuidad de poblamiento entre el Neolítico y Calcolítico, con una clara expansión en el segundo periodo, se ve cortada durante la Edad del Bronce donde se detecta un cambio en el modelo de ocupación expresada en la disminución del número de yacimientos y su ubicación en espacios diferentes.

*ABSTRACT.*- This paper reconstructs the settlement pattern and the historical evolution during the late prehistoric period at the mouth of Almanzora River in southeastern Spain. The results presented come from a research project involving both the new excavations of Almizaraque (1980-1984), and the archaeological survey of the surrounding territory. They build on and advance the archaeological work of Luis Siret within this zone. We shall discuss the continuity between the Neolithic and Chalcolithic periods, as well as the cultural gap that occurs between the Chalcolithic and Bronze Age. Unlike in the Chalcolithic, during the Bronze Age, a different settlement pattern appears which involves both a new site typology and a new geographical location.

*PALABRAS CLAVE:* Almizaraque, Almería, Neolítico, Calcolítico, Edad del Bronce, Territorio, Poblamiento.

*KEY WORDS:* Neolithic, Chalcolithic, Bronze Age, Territory, Almería, Settlement pattern.

Los años setenta y comienzos de los ochenta estuvieron llamados a ser en nuestro país, con algún retraso respecto al mundo anglosajón, una época de revisión de la historia y, muy particularmente, de aquella basada en documentos arqueológicos. Entonces, cuantos nos sentimos ganados de alguna manera por dicho movimiento renovador, muy probablemente propendíamos a identificar *reescribir la prehistoria con escribirla de nuevo y correctamente*, mostrando así cierto desdén, cuando no absoluto rechazo, por las imágenes del pasado construidas con anterioridad. Hoy, sin embargo, con la perspectiva del tiempo transcurrido, es justo y preciso reconocer que lo que nos proponíamos llevar a cabo —aquella periódica revisita a la Historia que ya reivindicara Goethe como fórmula para enriquecerla con nuevas opiniones— era tan viejo como la propia Historia y no representaba más que la búsqueda de otros puntos de

vista para la interpretación de los mismos datos.

Era, en rigor, un cambio de óptica para acceder a nuevos significados de los mismos documentos, en la convicción de que el conocimiento histórico es un campo ilimitado, susceptible de tantas reinterpretaciones —tal es su polifacetismo y complejidad— como el presente, y en modo alguno a salvo del subjetivismo, siquiera sea porque quienes tratamos de abordar su estudio no podemos despojarnos de nuestra dimensión individual a la hora de dar una impresión del objeto percibido. La imposibilidad de sustraernos a esa idea de “variabilidad” de la imagen histórica nos situará indefectiblemente en la necesidad de reescribir la Historia, o, como apunta A. Schaff, de someter su provisional conocimiento a un continuo proceso de acumulación informativa, por una parte, y de decantación de contenidos, por otra, obligándonos a confiar en que el acceso a lo esencial

\* Departamento de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Plaza de la Universidad, 1. 47002 Valladolid.

se producirá por un progresivo contraste de verdades parciales o visiones personales.

Igual que cualquier otra, nuestra historia, la de la Edad del Cobre en la Cuenca de Vera y la del "origen de la civilización" en el sureste peninsular, estaba también feliz y fatalmente condenada a ser reescrita, y ello pese al buen hacer —o precisamente por él— de quienes nos precedieron en la empresa. Naturalmente Luis Siret, a quien cabe el mérito, en una titánica tarea, de haber realizado un acopio documental abrumador, no en vano desenvuelto a lo largo de casi medio siglo de ininterrumpidas pesquisas sobre el propio terreno. Tras él, las revisiones que puntualmente llevaron a cabo sobre el cabezo de Almizaraque primero Martínez Santa-Olalla y Ruiz Argilés, más tarde Almagro Basch, Pellicer y Losada. Tales trabajos, muy particularmente los de los hermanos Siret, propiciaron la construcción de un cuadro evolutivo de las comunidades de los inicios de la Edad de los Metales en esta árida zona del sureste, un poco al uso descriptivista de la arqueología de la época, esto es planteándose como principal objetivo la definición de etapas mediante la fijación de su estrato-tipo arqueológico —la suma de elementos diagnósticos o fósiles-guía materiales de un determinado momento—, y tomando como punto de partida el análisis de conjuntos correspondientes a distintos depósitos o unidades estratigráficas, sólo a veces felizmente concatenadas.

Inducidos a hacernos cargo del yacimiento por el profesor Almagro Basch, titular por entonces del permiso para excavar en el mismo, y ganados fácilmente para la causa por el contagioso entusiasmo que Manolo Fernández-Miranda ponía siempre en sus proyectos, recalamos en Almizaraque en el invierno de 1980, para desarrollar allí una intensa labor arqueológica a lo largo de cinco años consecutivos. Nuestra actuación en el cabezo, en todo caso, vendría dictada por unos planteamientos renovados respecto a los que habían presidido las excavaciones anteriores. Era obvio que la idea de reemprender los trabajos en un yacimiento tan duramente castigado —¡qué desalentador nuestro primer contacto con aquel cabezo, que aparentaba ser no más que una gigantesca terrera!—, no podía responder sólo al deseo de proseguir la recolección de piezas, ya de por sí copiosísima a juzgar simplemente por la muestra que se conservaba en la Colección Siret del Museo Arqueológico Nacional. Si justificaba algo más nuestra intervención el deseo de conocer en detalle la estructura y evolución interna de un poblado que, pese a lo ingente de los trabajos acometidos en el mismo, apenas había sido objeto de una mínima atención bibliográfica, permaneciendo sus secretos en gran parte

por descubrir —y, desde luego, faltos de confirmación— en las notas siempre preciosas que redactaran de puño y letra el propio Luis Siret o su capataz Pedro Flores. Avivábamos el deseo, pues, de perfilar una secuencia que, tampoco debe olvidarse, había sido adornada tan sugestiva como poco verosímelmente, tras las excavaciones de Pellicer y Losada, con la posible existencia en la base del cabezo de unos, insólitos en la prehistoria de la Península Ibérica, niveles neolíticos precerámicos —desde entonces la bibliografía recogerá la engañosa imagen de que Almizaraque es un montículo artificial, formado desde su base por acumulación de detritus habitacionales (tal vez en un intento de forzar su similitud con los *tells* neolíticos de la "zona nuclear" del Próximo Oriente)— o, en su techo, de una serie de grandes cistas, presumiblemente correspondientes a una necrópolis argárica.

Mas, incluso reconociendo lo razonable de intentar dar respuesta a tales incógnitas, nuestro planteamiento tuvo desde el primer momento unos objetivos muy distintos. Aquí sí que la lucidez de Manolo —que se manifiesta espléndida en la memoria, inédita, que él redactara para acceder a un proyecto de la Dirección General de Política Científica— fue concluyente para sentar la premisa de que la investigación no había de restringirse a captar las rutinas cotidianas de los pobladores prehistóricos, aquellos "acontecimientos" episódicos de época pretérita que no merecen la condición de "hechos" históricamente transcendentales, pese a ser importantes para conocer el comportamiento antropológico (y no sólo sus efectos materiales) de los sucesivos moradores del cabezo. La verdadera meta debía situarse en la *explicación de un proceso histórico*, en la búsqueda de la cadena de elementos causales —tal vez no fáciles de distinguir de sus efectos— que en torno a la mitad del tercer milenio a.C., fueron determinantes para la aparición en la zona de un nuevo modelo de poblamiento, a base de establecimientos más extensos, sedentarios y de mayor entidad que los existentes con anterioridad —por primera vez se hablará de casas y no de cabañas, e incluso justificadamente o no, de núcleos protourbanos—, los cuales indudablemente traslucen una estructura, tanto social como económica, sensiblemente más compleja que la de las comunidades segmentarias neolíticas precedentes. Una situación muy distinta tras la cual probablemente subyace un fenómeno previo de intensificación económica y una creciente especialización, en cuyo marco podrían llegar a comprenderse ciertos cambios no exentos de transcendencia, como la propia aparición de la metalurgia.

Almizaraque ejemplarizaba al detalle esta

nueva situación que, no obstante, los planteamientos fuertemente difusionistas de la década de los sesenta imputaron con exclusividad a un fenómeno de colonización de la Península Ibérica por parte de gentes del este del Mediterráneo, cicládicas al decir general, cuyo principal exponente serían precisamente los poblados de nueva planta, las "colonias", significativamente próximas a la costa y por lo general, aunque ello no rija para nuestro yacimiento, dotadas de espectaculares obras de fortificación. Frente a ello, nuestra decisión de intervenir en Almizaraque perseguía, evidentemente, conocer el funcionamiento interno del propio poblado, pero también servirnos de la documentación que proporcionara con la idea de reconstruir las condiciones paleoambientales en que se desarrolló la vida de sus ocupantes. El análisis arqueológico del territorio se convertía de esta manera en una de las claves de nuestra investigación, preocupada ahora por conocer las relaciones hombre-medio (un medio presumiblemente provisor de los recursos subsistenciales necesarios) y hombre-hombre, ya que también de la prospección intensiva de la Cuenca de Vera se obtendría información vital sobre el poblamiento prehistórico y, en consecuencia, sobre el grado de competencia existente en cuanto al aprovechamiento y utilización de los citados recursos (superposición de los conceptos de territorio social y territorio económico).

El trabajo, en suma, se proponía acceder a la relación dialéctica entre espacio natural-recursos beneficiables y tradiciones culturales-cambios tecnológicos/nuevas formas de vida, en la esperanza de que las inflexiones producidas en el ritmo de dichas relaciones a lo largo del tiempo —este factor tiempo nos obligaría, una vez más, a salir del propio poblado para mejor conocer, por ejemplo, el poblamiento neolítico—, la modificación, pues, de su equilibrio, pudiera haber exigido la búsqueda de reajustes que propiciaran, sin necesidad de recurrir a dudosos agentes externos, aquéllo que comúnmente se denomina el cambio cultural.

Esta actitud, de conocer inicialmente el poblado y de trasgredir sus límites después, tanto para entender sus condicionamientos ambientales y económicos, como para hacernos una idea de la posible presión de los vecinos en cuanto a la explotación del entorno, ha sido básicamente la estrategia seguida en nuestra investigación. Como planteamiento, nada especialmente original —de hecho, en sus líneas maestras coincide con el programa que, tomando como eje el poblado argárico de Gatas, lleva a cabo dentro de la cuenca del Aguas un equipo de la Universidad Autónoma de Barcelona, con el que hemos tenido el placer de colaborar, en el marco más amplio de otros

proyectos de la Unión Europea (p.e. "Arqueología de la depresión de Vera desde el Holoceno Medio hasta la actualidad: procesos de desertización")—, pero que ha rendido y está en condiciones de seguir rindiendo indudables frutos.

Hoy precisamente tomamos la iniciativa de dar cuenta de algunos de éstos como homenaje a quién fuera principal impulsor del trabajo y como testimonio de los compromisos que tenemos contraindidos con el yacimiento de Almizaraque y la prehistoria reciente de la Cuenca de Vera. Mas, todavía, muy por encima de ello, como desesperado intento de recuperar algo de aquellos años de trabajo inolvidables que nos cupo el privilegio de compartir con un amigo, sabio, tolerante y sencillo, no menos genial que divertido, como fue Manolo Fernández-Miranda.

## 1. LA ALDEA CALCOLÍTICA DE ALMIZARAQUE

Almizaraque forma parte de esa precoz investigación y larga tradición historiográfica sobre la prehistoria reciente del Sureste. De manera que aparece como referencia frecuente en los planteamientos que, para la Península Ibérica, se hacen sobre cuestiones como la aparición de las primeras sociedades complejas o el inicio de la producción del metal. Y, en efecto, Almizaraque es, dentro de la Cuenca de Vera, una de las primeras concentraciones de población estable en aldea que supera, por tanto, a los reducidos establecimientos, "cortijos" o granjas aisladas, que constituyen en esa zona la modalidad de asentamiento típico del final del Neolítico. El yacimiento ofrece, además, un registro arqueológico claro y de relativa riqueza —como son las producciones de prestigio o los enterramientos monumentales— que permite constatar un aprovechamiento planificado de los recursos de su entorno, con intensificación agrícola, una cabaña ganadera bien orientada y su propia producción minero-metalúrgica. Pero ese registro no forma, como apuntamos más arriba, un "corpus" único.

Luis Siret excavó Almizaraque en dos etapas. Durante la primera, entre 1903 y comienzos de 1906, su trabajo se concentró en la zona suroccidental del yacimiento, donde el cabezo en que se asienta presenta una suave caída y el depósito arqueológico era de escasa potencia. En 1932 y 1933, es decir, casi al final de su vida, reanudó las excavaciones, actuando en esta segunda etapa en la zona central y más alta del yacimiento, ocupada hasta entonces por una era o secadero, de arcilla batida sobre un lecho de cantos, y un pequeño edificio. La presencia de esas

instalaciones agrícolas modernas debió ser, presumiblemente, el motivo que le obligó, durante los primeros años, a actuar en una zona marginal del poblado. Así se desprende de la documentación de sus cuadernos de campo de esa primera época, que no es mucha ni muy precisa: escasas notas y dibujos sobre varios "silos" excavados en las margas con pocos y poco llamativos materiales. Sólo en el último momento de esta intervención —sobre todo en el intenso y productivo otoño de 1906— los hallazgos comienzan a tener más entidad y sus notas a ser más detalladas y reflexivas. Excavó Siret entonces parte de algunas cabañas con materiales espectaculares, como los conocidos ídolos oculados sobre huesos largos y elementos tan especulativos como el altar de cuernos o la supuesta instalación metalúrgica fabricada con cuernecillos de arcilla, además de algún enterramiento. Estos elementos le permiten, al terminar la campaña, evaluar la importancia del yacimiento y llegar a la conclusión que bajo la era y el pequeño cortijo se encontraba su sector más fértil.

En su segunda intervención en el yacimiento la documentación es menor que la de 1906, pero más precisa. Cambia además de sistema de excavación. Realiza entonces unas zanjas de un metro de anchura, a veces bastante próximas, que recorren en sentido longitudinal y transversal toda la zona central del yacimiento cubierta por la era. Esas zanjas son ampliadas en aquellos sectores donde encuentra una concentración de materiales interesantes. Son trincheras —así las denomina el propio Siret— y se excavan como tales: deprisa, levantando los muros que las cruzan transversalmente y buscando el suelo virgen del cabezo. De forma que son esos reducidos sectores entre zanjas, en donde el depósito quedaba interrumpido con frecuencia, los que llegaron intactos hasta nosotros.

Estos trabajos del ingeniero belga proporcionaron una amplia serie de documentos y objetos que constituyen parte de la denominada Colección Siret del Museo Arqueológico Nacional. Una parcela inapreciable de esa colección son las notas, dibujos, cuadernos y planos que, en ocasiones minuciosamente y con la afinación que le permitía su formación geológica, fue realizando en el curso de sus dos campañas en Almizaraque<sup>1</sup>. Como anotamos en párrafos anteriores esa documentación empieza a tener interés al final de la primera etapa y sobre todo en la segunda, cuando son frecuentes las secciones detalladas de algunas trincheras, con planos a buena escala y parte de los hallazgos están referenciados a un sistema de coordenadas.

Los materiales depositados en el Museo citado, sin embargo, se reducen —y aquí hemos de te-

ner en cuenta la época en que fueron realizados y la fecha en que fue formalizada la donación— a los que en aquellos años se consideraban relevantes. Es decir, piedra, hueso trabajado, metal y alguna cerámica o vasija que por sus características —forma o decoración— resultara poco habitual. Eso significa la ausencia casi absoluta del material cerámico y de los restos de fauna. Por el contrario hay que destacar la recogida de algunos elementos del registro arqueológico que no solían despertar el interés de los investigadores contemporáneos de Siret, como son por ejemplo muestras de mineral, tierras o materiales orgánicos.

Esos materiales están organizados en los fondos del Museo o figuran expuestos en algunas de sus vitrinas por "casas". Sin embargo, esa referencia no atiende —más que parcialmente y en muy contadas ocasiones— a los ajueres de las cabañas. Siret denominaba "casa" a un conjunto de hallazgos recogidos en una zona de extensión variable y referidos a toda la potencia del sedimento, por más que en sus secciones y plantas diferencie claramente la superposición de estratos y algunos, los menos, lleven especificada la profundidad a que fueron encontrados respecto a la superficie.

De lo explicado se desprende lo mercedado de su relleno arqueológico en el momento de comenzar nuestras excavaciones; con el agravante de que el tiempo transcurrido entre aquellos trabajos —tanto los de Siret como los posteriores ya citados— y los nuestros, no hizo más que acelerar los consiguientes y naturales procesos erosivos. En nuestra primera evaluación calculamos que el depósito intacto se reducía a algo menos de la sexta parte de lo que fue el total del yacimiento, con la dificultad añadida de que lo que restaba se presentaba en reducidos sectores desconectados, es decir, fragmentado y discontinuo. Para llegar a esa descorazonadora evaluación tuvimos, además, que superar el estado en que encontramos el yacimiento. Porque no era fácil saber con precisión dónde el sedimento estaba intacto: las zanjas —algunas más de las que Siret reflejó en sus planos— estaban colmatadas y las numerosas y voluminosas terreras, movidas una y otra vez en el curso de los sucesivos trabajos, desfiguraban totalmente la altura y la forma del cabezo. Por contra, en otros sectores se veían las gravas y arcillas que constituían su superficie originaria.

Almizaraque fue excavado a lo largo de cortas campañas que se escalonaron a lo largo de los años 1980 y 1984. Sin embargo, en el otoño de 1982 nos beneficiamos de una subvención del INEM que permitió nuestra permanencia, con una relativamente nutrida mano de obra, durante dos meses. En aquella

ocasión contamos con la colaboración de los técnicos Enrique de Álvaro y Carmen Sánchez<sup>2</sup>. Nuestras excavaciones cubrieron unos 500 m<sup>2</sup>. Sin embargo, las numerosas interrupciones de su estratigrafía reducen considerablemente el volumen de depósito recuperado. En definitiva, la mayor parte de las unidades estratigráficas sólo pudieron documentarse de forma parcial<sup>3</sup>. También ha de tenerse en cuenta que algunas zonas del cabezo fueron ocupadas en momentos posteriores a la Edad del Cobre: en su zona sur y suroeste Siret ya había puesto al descubierto algunas instalaciones de época romana y en el sector occidental de la plataforma superior excavó varias tumbas de la necrópolis tardorromana que, como dijimos, ha sido tomada por argárica. En el curso de nuestros trabajos documentamos también ambas épocas, comprobando hasta qué punto esas frecuentaciones habían interferido y afectado a los niveles superiores del poblado calcolítico.

En un párrafo anterior hemos afirmado que Almizaraque resultó poseer un depósito claro y fácil. Algo que compensaba el aspecto absolutamente arruinado que presentaba y lo fragmentario de sus sedimentos disponibles. En efecto la secuencia estratigráfica calcolítica se reduce a cinco poblados que no presentan, cada uno de ellos, demasiados episodios o reformas constructivas; dicho de otra forma, son con frecuencia resultado de una sola ocupación y, además, quedan perfectamente individualizados por los diferentes materiales constructivos utilizados en cada caso, lo que ha generado niveles de distinta coloración y textura (Delibes y otros 1984).

### 1.1. Almizaraque I

De la documentación de Siret y de nuestras excavaciones puede extraerse que la primera ocupación del cabezo la forman una serie de pequeñas cabañas circulares construidas con madera y manteadas de barro. Otra serie de instalaciones —silos, fosas, pequeños cobertizos y zonas de vertido— se asocian a esas cabañas. En un primer momento se ocupó la suave ladera occidental, extendiéndose paulatinamente las instalaciones por el resto de las laderas. En la ladera este, donde el desnivel era más fuerte, queda patente la vocación de estabilidad de este primer poblado en las obras de aterrazamiento realizadas a fin de asentar mejor las construcciones. Finalmente se ocupa casi todo el cabezo, alcanzando una extensión en torno a los 2.500 m<sup>2</sup>, siendo ésta particularmente intensa en la zona occidental de la plataforma superior (fig. 1).

Ese primer poblado, tan similar en su ordenación del espacio y en las características constructi-

vas de sus instalaciones (siempre de materiales frágiles y en las que apenas se utiliza piedra) a otros establecimientos del Neolítico Final de la zona, necesitó de un cierto periodo de tiempo para alcanzar su considerable extensión. Es decir, esa sedentarización y concentración de población fue lenta y progresiva; algo que se lee muy bien en el depósito de este Almizaraque I, en sus materiales y en su cronología absoluta. De esta forma, en la ladera occidental, al levantar parte de las terreras y vertidos de las excavaciones antiguas para reconstruir la topografía originaria del Cabezo, tuvimos la suerte —porque se trata evidentemente de suerte— de encontrar un sector intacto, donde instalaciones y materiales pertenecen a un Neolítico avanzado, bastante similares a los de Cuartillas y a los de otros cerros vecinos, como Las Palas o El Arteal. A esta primera ocupación deben pertenecer asimismo algunos materiales que, sin demasiadas referencias, forman parte de la Colección Siret como provenientes de algunas de las trincheras del propio Almizaraque (Fernández-Miranda y otros 1993). Sin embargo, ya no están presentes en estos primeros depósitos de la Fase I elementos tan típicos del Neolítico de la zona como son los brazaletes de piedra o los microlitos, presentes siempre en los establecimientos citados. Por el contrario, el último momento de este primer poblado presenta, además de una buena deposición debida a una rápida destrucción, los primeros restos de actividad metalúrgica (las típicas vasijas-hornos con adherencias y minerales parcialmente reducidos) y un par de vasijas campaniformes de producción local. También es el momento de los ídolos oculados sobre hueso.

Cuando este poblado funcionaba —en un intervalo que ciframos en 300 años apoyados en una serie de nueve fechas de C14 entre 2500/2400-2100 a.C. (Castaño y otros 1991)— en su entorno existían tierras frecuentemente inundadas y todavía había alguna masa boscosa. Estos árboles, de ribera preferentemente, son los utilizados, junto con el pino carrasco, como material de construcción y para combustible durante todo el desarrollo de esta primera Fase. En ese momento, además, ya había sido puesta en cultivo cierta extensión de los terrenos próximos al poblado, tal y como se documenta en los análisis polínicos, en los que era fácil utilizar los abundantes recursos hídricos no sólo del Almanzora, siempre irregular y sometido a un largo estiaje, sino los de algunas fuentes, marjales o lagunas de carácter estacionario. Así lo atestiguan las formaciones acuáticas o semiacuáticas, propias de terrenos inundados que proporciona el registro paleoecológico de estos niveles más antiguos.

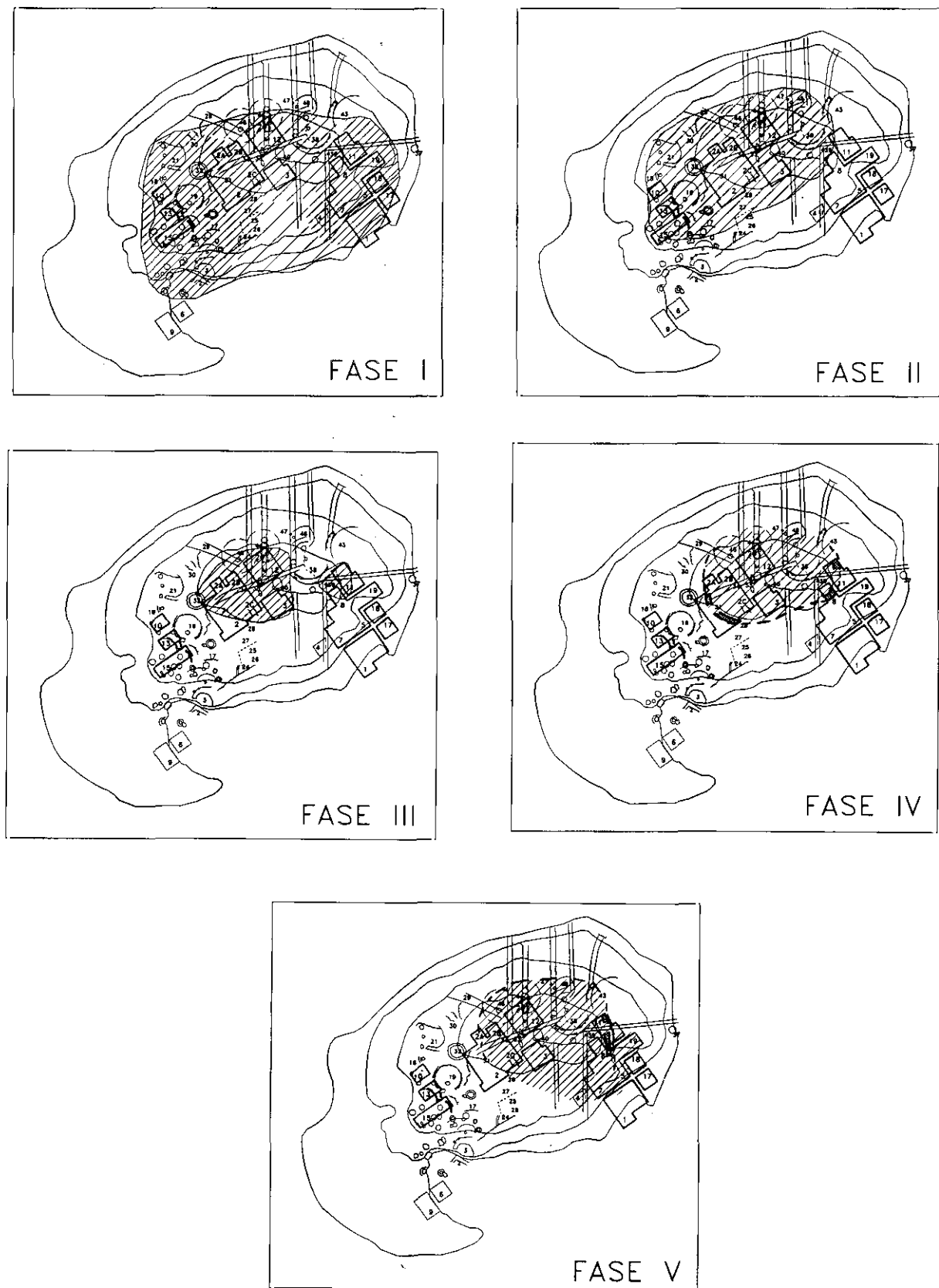


Figura 1.- Las diferentes fases de la aldea calcolítica de Almizaraque.

## 1.2. Almizaraque II

Inmediatamente sobre el nivel de destrucción con que finaliza la fase descrita, se asienta el segundo poblado. Con él, es decir, con el inicio de la Fase II, muchas cosas cambian en Almizaraque. En primer lugar, a partir de ahora los poblados se suceden a mayor velocidad y, por lo tanto, el carácter del depósito es muy diferente: son verdaderos niveles de escombros en los que la sedimentación se produce con mucha rapidez. En segundo lugar todo parece sufrir una aceleración e intensificación. Sirva de ejemplo el que los cuatro poblados se suceden entre el 2100 y el 1900 a.C. (Castaño y otros 1991).

La zona ocupada sobre el Cabezo se restringe a la plataforma y a la parte más alta de la ladera occidental, abandonándose áreas del cabezo que habían sido ocupadas durante la Fase I. Es decir, la ocupación se reduce a 1.300 m<sup>2</sup>. Sin embargo es evidente que la diferencia de tramo cronológico que ocupa cada uno de estos dos primeros poblados, inhabilita la comparación de sus tamaños, relativizándolos. Queda pues claro que se trata de un pequeño asentamiento, aunque en él se apiñen en torno a diez cabañas. Pero ahora estamos ante una verdadera aldea, donde las viviendas presentan características constructivas en las que se ha invertido muchos más recursos y tiempo que en las de la fase anterior: son fuertes construcciones circulares de buen diámetro (de 5 a 6 m), y anchos y cuidados zócalos de piedra que completan su alzado con madera y barro de intenso color rojo. Sus interiores, en los que se registra un solo momento, están bien acondicionados y dotados del mobiliario y ajuar habitual de los poblados calcolíticos: hogares interiores y exteriores, compartimentos de lajas hincadas, molinos, grandes vasijas de almacenaje, esteras de esparto, etc. (Arribas y otros 1978; de la Torre 1984). Dentro de esta normalidad calcolítica, es interesante señalar que entre estas cabañas no hay diferencias notables o significativas en ninguno de los aspectos mencionados. Por otro lado, los pequeños espacios libres que dejan entre ellas —ya que están situadas bastante próximas unas a otras—, están asimismo bien acondicionados utilizándose en ocasiones como áreas de trabajo, aunque más frecuentemente no pasan de espacios de vertido, donde se concentran restos de fauna y malacológicos. Este espacio intensamente ocupado carece de delimitación, es decir, Almizaraque II no estaba amurallado.

Los materiales cambian también respecto a los de la Fase I. Así, el número de vasijas de gran capacidad aumenta considerablemente. Y algo similar sucede con las fuentes de gran diámetro y escasa al-

tura, de cuya presencia puede deducirse una muy determinada manera de manipulación de los alimentos. El campaniforme demuestra su baja presencia en un solo fragmento procedente de un vertedero. Pero más interesante, que los siempre suaves cambios en las manufacturas cerámicas, es la diversidad en las materias primas utilizadas en este segundo poblado. Existe una gran variabilidad en tipos de sílex, hay una potente industria de hueso y, también, una mayor presencia de mineral y restos de fundición, bien que nada haya cambiado en la tecnología y en los modos de producción. Se mantiene una discreta escala doméstica sin alcanzar la menor relevancia cuantitativa o social.

Mucho menos discreta es la producción agrícola, en la que queda clara la puesta en cultivo de gran cantidad de nuevos terrenos. Los pólenes de gramíneas registran un incremento significativo: de 21,6% en Almizaraque I pasan ahora a un 41,6%, acompañados del 21,6% de malas hierbas y de leguminosas (25%). Son frecuentes también en el interior de las cabañas de Almizaraque II vasijas y recipientes de esparto trenzado conteniendo trigo y cebada en una proporción que parece estandarizada en el yacimiento. Parecen responder a una mezcla intencional de carácter alimenticio y no a una práctica de cultivo simultáneo y preventivo contra un mal año climatológico, como en ocasiones se ha propuesto. De hecho, los recursos hídricos eran aún suficientes para desechar tal estrategia. Aunque, eso sí, la clara e intensa acción antrópica en el entorno del poblado, con una fuerte deforestación y un ambiente en general más seco que reduce drásticamente la presencia de especies arbóreas necesitadas de agua, se acaba de iniciar el camino hacia el deterioro ecológico.

Es, por otra parte, en este segundo poblado cuando los sedimentos presentan la mayor diversidad en restos paleobotánicos (con higos, pistachos, etc.), muestra de una intensa actividad recolectora, puesta de manifiesto también en los restos malacológicos, resultado evidente de la recolección marisquera.

Esta agricultura y recolección va acompañada de una ganadería extensiva donde son importantes los productos secundarios y donde ovejas y cabras ocupan el primer lugar (en número de restos), seguido del cerdo y a mayor distancia los bóvidos, que en cambio serían el 45,8% si hablamos de peso o biomasa, y que junto a una mínima presencia de caballo (1,35%) permiten pensar en una fuerza de tracción empleada en las labores agrícolas. Entre la caza están los ciervos —como es habitual en estos yacimientos calcolíticos— y las aves acuáticas en función de estas zonas marismas a que aludíamos. Sin embargo, el porcentaje de caza es en Almizaraque sensi-

blemente menor que en otros yacimientos contemporáneos.

### 1.3. Almizaraque III

Esta próspera aldea de la Fase II desaparece súbitamente. Todas las cabañas parecen haberse desplomado de forma rápida y simultánea. Tras sus derrumbes de escombro —porque no sufren el típico periodo de lavado de los sedimentos y conservan todavía el aspecto de cascotes— se acumulan una serie de niveles limosos, de coloración amarillenta, verdosa o gris y en su mayor parte de formación cólica, cuya entidad y presencia en el yacimiento es bastante discontinua e irregular. Sin embargo no es un hiato. Es decir, no son niveles estériles. En algunas zonas muy localizadas aparecen pocos restos de construcciones y niveles de ocupación, con lugares donde se hizo fuego e incluso pequeños vertederos (en donde se detecta una gran cantidad de lapas, lo que quizás nos indique una mayor dedicación a actividades recolectoras), que delatan una ocupación poco intensa y se diría que ocasional.

Esta frecuentación del cabezo —que queda reducido en superficie ocupada a menos de la mitad (400 m<sup>2</sup>)— tiene, sin embargo, una caracterización clara: los materiales son los mismos, pero su entorno sufre una fuerte variación. Es plausible —al reducirse el núcleo edificado— que haya una drástica reducción de gramíneas y de tierras cultivadas, así como un cambio relativo en su entorno, pero es menos corriente, o más significativo, que estemos ante una marcada inflexión hacia un proceso de desertización. Comienzan a aparecer especies xerofíticas y estamos en un medio semi-árido. A la escasa presencia humana que nos indica lo reducido del yacimiento, corresponde una regresión agrícola. Sin embargo, continúa habiendo el mismo nivel, recordemos que discreto y doméstico, de fundición de cobre. Parece tentador pensar que es esa la razón de esas instalaciones: los recursos para la economía de tipo granja que se leían en el registro de Almizaraque II, empiezan a perder su equilibrio, pero la provisión de minerales de Sierra Almagrera —lugar de abastecimiento de toda la secuencia— sigue siendo la misma.

Los datos cronológicos para evaluar este periodo de recesión son escasos y doblemente equívocos si se tiene en cuenta la fuerte potencia que adquiere su depósito en algunos puntos. Para justificar su corta evaluación, pese a ese último extremo, hemos de tener en cuenta la formación natural, fundamentalmente eólica del sedimento así como varias fechas de C-14 que nos sitúan en torno al 2000 a.C., acreditando, pues, cierta invasión respecto a las finales de

Almizaraque II.

### 1.4. Almizaraque IV

Durante esta fase Almizaraque vuelve a ser un verdadero poblado. Y aunque es la ocupación recuperada más fragmentariamente, volvemos a encontrar las mismas cabañas apiñadas con una similar ordenación. Las plantas circulares, los zócalos de piedra, los alzados del mismo barro rojo. Sólomente que en este caso los diámetros son más reducidos —entre 4 y 5 m— y se trata de estructuras de peor factura, donde la inversión de recursos es mucho menor que en las de la Fase II. Como en aquellas se puede establecer que fueron construidas de forma simultánea y abandonadas también en un mismo momento. Y también como aquellas tienen una sola ocupación. En los interiores de esas viviendas nada ha cambiado. Pero la estructura del poblado es, en casi todo, diferente. Por ejemplo, se sitúa en la zona más alta del cabezo, estrictamente reducido a la plataforma superior y, sobre todo, se dota al grupo de cabañas de un muro de cierre. En efecto, este pequeño poblado de aproximadamente 700 m<sup>2</sup> de extensión, queda bien definido y delimitado por una muralla de algo más de 1 m de anchura que se acomoda perfectamente a la curva de nivel que conforma esa plataforma más alta del cabezo. Esa muralla, bastante desmantelada como resultado de los trabajos de Siret y del asiento de la necrópolis de época tardorromana o visigoda, parece haber sido perimetral y no tiene mala factura, pero está muy lejos de convertir a Almizaraque IV en una fortificación encastillada.

Junto con este cambio respecto a su manera de relacionarse con su entorno social que supone la muralla —puesto que no hay duda de la cohesión interna que proporciona al grupo y de su valor como indicador de que algo ha cambiado en el territorio y en la sociedad—, en los terrenos circundantes vuelve a notarse, pese que las especies xerofíticas no retroceden, un aumento de los cultivos de gramíneas. Y, en el interior de las casas, las grandes vasijas que contienen *Vicia faba*, trigo y cebada vuelven a ser frecuentes. También en los restos de fauna se observa que la cabaña ganadera vuelve a normalizarse.

Se registran asimismo algunos cambios en los ajuares: los acabados a la almagra se pierden (ya no pasarán, en lo que resta de secuencia, del 1%) y la cerámica gris o rojiza cuidada experimenta un aumento significativo. Sin embargo, este tipo de cerámica, la única realmente fina en el yacimiento, deja de aparecer en vasos de tamaño reducido, que con frecuencia llevaban las decoraciones denominadas simbólicas, para formar un repertorio de vasos más



grandes y gruesos con el aspecto común que tendrán, posteriormente las producciones de la Edad del Bronce de la zona. Entre ellos destacaremos la presencia de una forma: los cuencos hondos de borde biselado.

La mayor parte de las piezas metálicas recuperadas pertenecen a esta Fase, pero la industria lítica y ósea experimentan —en calidad y cantidad— cierta regresión.

### 1.5. Almizaraque V

Esta fase nos señala el final del poblado calcolítico. El poblado modifica una vez más la superficie ocupada —se acerca ahora a los 1.000 m<sup>2</sup>— instalándose en la zona más alta y el borde oriental del cabezo. Las cabañas continúan siendo circulares con zócalo de piedra y alzado de barro gris. Sin embargo, varias cosas han cambiado: en primer lugar se utiliza por primera vez la pizarra como material de construcción y el trazado de la muralla es recto. Las características constructivas empeoran, los muros tienen anchuras y trazados irregulares y el espacio está peor ordenado. Así, pese a su mayor extensión, hay zonas abandonadas y sin ocupar donde se producen escorrentías. Incluso hay instalaciones a extramuros. También a extramuros hay un gran basurero (y no los reducidos, y en cierto modo “ordenados” espacios de vertido de las otras fases) que además de aprovechar la pendiente de la ladera, se acomoda en una gran cubeta que corta al efecto los depósitos de fases anteriores en esa zona.

Evidentemente entre los materiales proporcionados por este último momento sería la presencia del campaniforme la más determinante si atendemos a la división tradicional en las dos fases clásicas, y generalmente admitidas, del Calcolítico del sureste, *sin* y *con* campaniforme. Sin embargo, esa presencia es en Almizaraque V muy reducida, por no decir mínima: su porcentaje no supera el 1% de todo el material cerámico recuperado. Menos llamativos pero más significativos que el campaniforme son los cuencos biselados. Se convierten ahora en una de las formas más abundantes (representan más del 4% de los fragmentos con forma) dentro de la cerámica de buenos tratamientos en su superficie y aparece también, en esa misma calidad de cerámica, alguna forma carenada. La industria de sílex y hueso culmina la regresión comenzada en la Fase IV, pero no es sustituida por la metálica que mantiene su discreto nivel de producción.

En su entorno se detecta el abandono progresivo de las tierras de cultivo y un ligero aumento de las herbáceas húmedas. Esto último nos indica una cierta recuperación de los terrenos con tendencia

al encharcamiento, es decir, aquellos que siempre debieron hacer del entorno de Almizaraque un compartimento ecológico en cierto modo diferente al resto de la zona. En general, se detecta ahora en los pólenes de gramíneas una vegetación regresiva no cultivada. Ese abandono lo ciframos en torno al 1900 a.C. en coincidencia con otros establecimientos contemporáneos.

Almizaraque fue pues un pequeño poblado calcolítico, asentado sobre una discreta altura, que nunca sobrepasó los 3.000 m<sup>2</sup> de superficie ocupada (fig. 1) y cuya población puede estimarse en torno a los 50-70 individuos; algo que, por otra parte, está en proporción —siguiendo los criterios de Chapman (1981) para Los Millares— con el número de monumentos e individuos enterrados en su necrópolis de las Encantadas. Porque al hablar de Almizaraque hay que hacerlo también de su necrópolis en el Cabezo de Las Palas o las Eras, una de sus alturas vecinas. La reexcavación de una de esas sepulturas, la única que fue monumental y la única conservada, ha permitido conocer en profundidad sus características constructivas. Por otra parte, del estudio de la documentación y los materiales conservados en la Colección Siret, es más que probable que perteneciera al yacimiento a partir de la Fase II.

## 2. LA CUENCA DE VERA

En el curso de las excavaciones en Almizaraque, según íbamos descubriendo la estructura del poblado —y comprobando la falta de fundamento de muchas de las generalizaciones y fantasías surgidas en torno al mismo<sup>1</sup>— fue haciéndose patente la conveniencia de conocer también cual había sido el papel desempeñado por el yacimiento en la red del poblamiento comarcal de su época e, indirectamente, qué diferencias pudieran existir entre ella y las de las etapas inmediatamente anterior y posterior. Ello, claro está, exigía modificar el nivel de análisis; sacarlo de los límites del cabezo y ampliarlo a escala regional, para lo que se hizo aconsejable abordar tanto una exhaustiva recopilación de datos bibliográficos sobre la ocupación prehistórica de la Cuenca de Vera, como una ulterior prospección arqueológica de ese mismo espacio.

En relación con la primera de dichas fases, habría de resultar fundamental la documentación acopiada por Siret. Durante cinco décadas, hasta 1934, el ingeniero belga se había dedicado a recoger y publicar el registro arqueológico de todo el área colindante al lugar donde vivía y trabajaba y siempre se

había supuesto que poco había escapado a su aguda mirada. La situación de intensa degradación ecológica sufrida en la zona en los últimos años había influido incluso para que desde su muerte varios de los yacimientos por él documentados hubieran desaparecido y ya no pudieran ser comprobados. La revisión de sus cuadernos, y otra documentación, depositados en el Museo Arqueológico Nacional también como parte integrante de la Colección Siret, durante el año 1983, había permitido la elaboración de un medio centenar de fichas con noticias nunca plasmadas en publicaciones y de algo más de ochenta que aunque Siret no dio a conocer sí lo fue por otros autores. Una revisión de los materiales en dicho Museo y en los de Almería y Vera había llevado a la misma conclusión. Partíamos de la base, por tanto, de que había más de lo conocido. Ésta fue la razón por la que el equipo se planteó la necesidad de llevar a cabo una investigación sobre lo que faltaba por conocer.

El trabajo de campo fue planificado y llevado a cabo bajo la dirección de Margarita Díaz-Andreu<sup>5</sup>, incorporándose posteriormente a esas tareas Kenia Muñoz. El área de estudio para la realización de las prospecciones fue de carácter natural: la Depresión o Cuenca de Vera, delimitada al norte por Sierra de Almagro y Almagrera, al oeste por elevaciones como la Sierra Lisbona y la de Bédar, al sur por Sierra Cabrera y al este, lógicamente por la línea de costa. Las cuencas de los ríos analizadas eran por tanto las del Aguas, Antas y Almanzora, incluyendo un afluente de este último, la rambla de la Mulería.

La prospección se realizó en dos fases a lo largo de 1988 y 1989, una primera extensiva de cobertura total y una segunda intensiva. En ningún momento se planteó la segunda opción como la mejor, puesto que nuestro objetivo era obtener una visión general de la Cuenca.

### **2.1. La prospección extensiva de cobertura total**

Se invirtieron treinta y ocho días de trabajo en el campo<sup>6</sup>. El método de prospección consistía en asignar a cada uno de los equipos formados por dos personas un área determinada a recorrer y analizar. Con ellos llevaban mapas y los pares estereoscópicos de la fotografía aérea de la zona y un estereoscopio de campo. Lógicamente antes se habían revisado las noticias concretas proporcionadas por Siret para cada sector. En el caso de encontrar indicios se rellenaba una ficha en la que se recogía: número del yacimiento, nombre (topónimo del lugar o uno próximo), término municipal, coordenadas UTM, altitud sobre el nivel del mar, altitud relativa con respecto a la zona

circundante, cronología supuesta del sitio, carácter del mismo (poblado, necrópolis, etc.), accidente topográfico sobre el que está asentado (colina, monte, espolón, llano, etc.), visibilidad con respecto a su entorno, extensión de la zona donde se encuentran los hallazgos, carácter de los mismos, descripción de las posibles estructuras en el yacimiento, densidad del material de superficie, vegetación sobre el yacimiento y en la zona, y estado de conservación del sitio.

Los problemas que nos encontramos en la prospección fueron en primer lugar que la fotografía aérea servía de poca ayuda a la hora de encontrar nuevos yacimientos, a diferencia de otras zonas, como La Mancha donde ya habíamos probado la operatividad de la fotointerpretación. En el caso de la Cuenca de Vera los sitios que se podían haber detectado de esta manera, estaban ya citados por Siret. Los que quedaban por descubrir eran los de pequeño tamaño no detectables en la fotografía. Por otra parte tampoco resultaron de gran ayuda las noticias provenientes de los cuadernos de Siret. Éstas resultaban muy difíciles de comprobar en el campo por su indefinición geográfica o por su mención a topónimos que ya ninguno de los lugareños recordaba. Es probable que, sobre todo los que hacían referencia a noticias de tumbas aisladas, ya hubieran desaparecido.

Los yacimientos del Neolítico al Bronce Tardío documentados ascendieron a ochenta y cuatro (cifra que lógicamente aumentaría en el caso en que añadiéramos los yacimientos de cronología posterior). De ellos se encontraron por primera vez, o lo que es lo mismo, no se conocían noticias sobre ellos en ninguna publicación, ni en los cuadernos de Siret o en las Colecciones de los museos de Madrid, de Almería o de Vera, ni en las colecciones particulares de Mojácar, los siguientes: 1 neolítico<sup>7</sup>, 17 calcolíticos<sup>8</sup>, 8 argáricos<sup>9</sup> y 3 con materiales de Bronce Tardío<sup>10</sup>. Habría que destacar por una parte el descubrimiento de yacimientos con dimensiones medias como el calcolítico de Rambla de Nuño Salvador, un asentamiento localizado en un cerro en la margen izquierda del curso de agua que le da nombre, tributario del Antas. Aunque no estaba mencionado ni en los cuadernos de Siret ni en ninguna publicación, de hecho ya se había realizado en él una excavación tipo trinchera de las del tipo que el arqueólogo belga practicaba, aunque no pudimos comprobar su autoría. De mayor importancia relativa de cara a su excavación futura por su mejor conservación es el hallazgo del yacimiento del Cortijo del Molino de la Higuera, otro poblado calcolítico situado en la margen izquierda del río Aguas, con restos de cabañas circulares y probables muros de cierre del poblado. Pero el resultado realmente innovador derivado de nuestra prospección

fue la documentación de múltiples pequeños sitios que podríamos considerar como “cortijos” o “granjas” de escasa entidad diseminados por todo el territorio. La prospección, que también podría denominarse “extensiva”, realizada en su día por Siret, había reparado en algunos de ellos, aunque debido seguramente a su falta de espectacularidad no llegó a estudiarlos; y por la misma razón tampoco lo hicieron ninguno de los investigadores que vinieron detrás de él. La existencia de estos pequeños establecimientos obliga al abandono de la consideración del Calcolítico como un momento en que la población se encontraba concentrada en unos pocos poblados, puesto que entre ellos aparecen puntos intermedios de hábitat que, sin embargo, disminuyen sensiblemente en la Edad del Bronce.

## 2.2. La prospección intensiva

En la prospección intensiva se invirtieron 240 horas. La superficie prospectada fue de 9 Km<sup>2</sup><sup>11</sup>. Lo que pretendíamos con esta reducida prospección intensiva era, lógicamente, comprobar la fiabilidad de lo realizado hasta el momento por medio del método extensivo. De esta forma la elección de los sectores a prospectar no respondió al azar, sino a planteamientos concretos: la total ausencia de yacimientos a lo largo de los trabajos previos y la confirmación de que en áreas interesantes no se nos había escapado nada. Por ello se eligieron seis *transects* de 1 x 1,5 Km, que recorrimos en “calles” de 100 m en equipos de cuatro personas que dejaban entre sí 20 m.

En los sectores trabajados en Cuevas de Almanzora (UTM 601.5-603/4128-4129) y de Cortijo del Sevillano (UTM 596-597.5/426.5-4127.5), donde no se había localizado previamente ningún yacimiento, no hizo más que confirmar esa ausencia. Tampoco en el *transect* de Rambla Nuño Salvador (UTM 597.5-599/4117-4118) obtuvimos más información de la que conocíamos. No pasó lo mismo en el Antas (UTM 597.599/4117-4118), donde sí se encontraron dos pequeños asentamientos, uno calcolítico de los de tipo “cortijo” o granja y otro argárico casi destruido. También en el sector realizado en el paraje de Qurénima (UTM 594-595.5/4117-4118), se encontró más información, un yacimiento de época romana de pequeñas dimensiones y un conjunto de cerámicas neolíticas arrastradas por una escorrentía<sup>12</sup>.

En suma, podemos decir que el mayor número de yacimientos documentados en la prospección intensiva viene a corroborar las conclusiones extraídas de nuestra primera fase de investigación: la gran importancia del poblamiento calcolítico de la zona y

el papel que tuvieron que representar en esta época —y en menor medida en la argárica— esos pequeños establecimientos localizados normalmente junto a puntos de agua y dispersos en el paisaje entre núcleos de mayor entidad. En cuanto al método de prospección, hemos vuelto a comprobar, como ya lo han hecho múltiples trabajos de experimentación en prospección (por ejemplo Bintliff y Snodgrass 1985), que habríamos encontrado mayor número de sitios si hubiéramos seguido, para toda la zona, el método de carácter intensivo. Pero eso nos hubiera llevado al menos seis veces más tiempo. Hemos de suponer, pues, que todavía quedan por descubrir en la Cuenca de Vera un cierto número de yacimientos. Lo que hay que sopesar, ahora, es la rentabilidad de esa empresa. No parece probable que existan en la zona más poblados de grandes dimensiones, aunque es cierto que esa prospección intensiva haría aparecer datos sobre parcelas poco dominadas o conocidas, como es el caso de la documentación en el Paraje de Qurénima (Fernández Miranda y otros 1993) de cerámicas del neolítico impreso del que se conocían pocos ejemplos en la zona; aunque el hecho de que aparezcan en una zona desnuda de ligera pendiente, junto a una escorrentía, no permite avanzar más allá de su existencia.

Lo que sí queda claro es que esos vacíos de información no permitirán más que afinar ligeramente nuestra interpretación sobre el poblamiento de la Cuenca de Vera durante la Prehistoria reciente.

## 3. LA DESEMBOCADURA DEL RÍO ALMANZORA (fig. 2)

Para adelantar esa interpretación sobre el poblamiento de la Cuenca de Vera —que es en definitiva el objeto de este trabajo— la escala de la prospección de campo cuyos resultados acabamos de describir, resulta a todas luces excesiva y será objeto de una posterior publicación. En esta ocasión hemos seleccionado el propio entorno del yacimiento de Almirazaque por razones que son obvias: disponemos de una abundante información sobre este espacio, aunque esté en la actualidad profundamente alterado por fenómenos erosivos y por la transformación humana. La calidad de la información, al igual que el conjunto de la Cuenca, es desigual, en unos casos por tratarse de noticias antiguas sobre pequeños asentamientos, con muy pocos referentes espaciales que ayuden a una localización exacta, y en otros por la destrucción de los yacimientos, identificados en la actualidad por unos escasos restos cerámicos o por referencias toponímicas, pero sin mayor información sobre otras características, como su tamaño o su disposición en re-

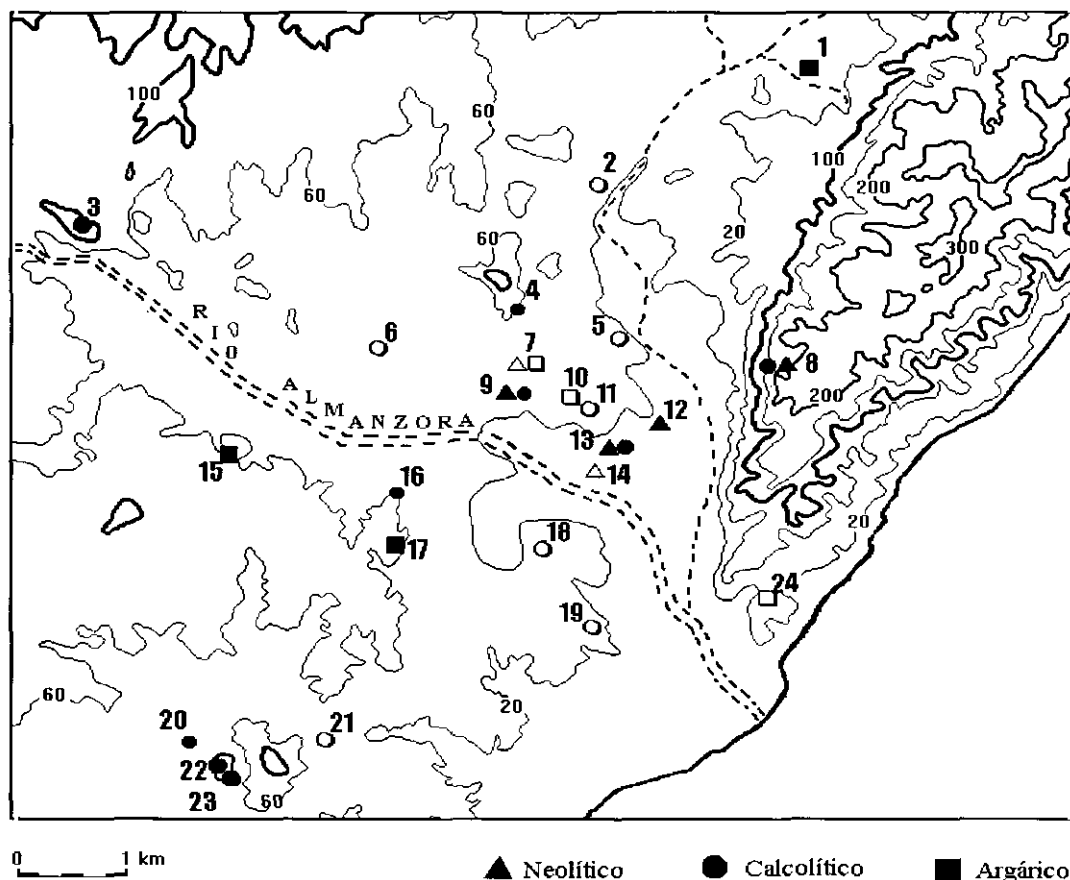


Figura 2.- Yacimientos situados en la desembocadura del río Almanzora.

lación a su entorno inmediato.

Hemos tratado de disponer todos esos datos ordenadamente para conseguir el máximo rigor en la reconstrucción del modelo de poblamiento, y aún con las limitaciones expuestas, demostrar la posibilidad de obtener un panorama que explique la evolución histórica de la zona elegida. Para ello hemos manejado tanto los datos obtenidos de nuestra prospección como los recogidos por Siret (1907 y Colección del MAN), además de los proporcionados por Camalich y otros (1987) (Tabla 1). Ambos aspectos —patrón de asentamiento y evolución histórica— serán pues analizados en un área muy delimitada, que abarca un radio de 5 Km en torno al poblado de Almizaraque, pero suficientemente representativa para que los resultados de ese análisis puedan ser extrapolados a toda la Cuenca.

La zona engloba la desembocadura del río Almanzora, el más largo de los tres cauces o ramblas que atraviesan la Depresión de Vera, y presenta otros varios elementos que aportan diversidad a los factores que pueden influir en la decisión sobre la elección de los emplazamientos. Por un lado, además de cu-

brir las dos márgenes del río, se encuentra la unión con una rambla subsidiaria (Canalejas), que proporciona una segunda zona sobre la articulación de los cursos fluviales; por otro, dada su proximidad al mar, se forman en ella terrenos inundables o marjales con características singulares en cuanto a ecosistema, sin olvidar los recursos marinos. Además, en su lado oriental se levanta Sierra Almagrera, con un fuerte desnivel, que forma un paisaje complementario al de llanura aluvial y en él queda documentada la existencia de bosque; por último quedan superficies de terreno intermedias, no volcadas hacia las corrientes de agua, con elevaciones que proporcionan visibilidad y afloramientos de rocas y minerales que pueden constituir otros factores de interés económico. La presencia de fuentes o puntos de agua completan las posibilidades de ocupación.

Pero antes de evaluar la posición de los yacimientos en relación a estos elementos del paisaje, vamos a enumerar otras dos características de los mismos como son su ubicación y sus dimensiones.

Valorar las características formales del emplazamiento y extraer pautas de selección no es una

N.º Mapa	Yacimiento	N.º Prosp.	Neol.	Calc.	Arg.	Superficie (ha)	Altitud	Desnivel
1	Barranco Finable	312			X	<0.05	60	10
2	Cortijo Vilar	362		X				
3	Zájara	358		X		0.30	109	60
4	La Mulería	86		X		0.20	45	10
5	La Vilara	361		X				
6	Burjulú Llano del Abanico	251		X				
7	Diana (Herrerías)	352	X		X			
8	El Arteal (Siret 9)	355	X	X		-- 0.09	120	80
9	Cerro Virtud (Herrerías)	87	X	X		<0.05, <0.10	65	40
10	Mina Alianza (Herrerías)	352			X			
10	Mina Iberia (Herrerías)	352			X			
11	Siret 11 (Herrerías)	352		X				
12	Las Palas (Siret 4 y 5)	354	X				30	6
13	Almizaraque	353	X	X		-- 0.50	24	5
14	Siret 3	252	X				16	
15	Cortijo Soler	357			X	<0.05	60	25
16	Hoya del Camaino	324		X		<0.05	42	20
17	Hoya del Algarrobo	323			X	0.05	63	40
18	Nati	400		X				
19	Punta de Palomares	394		X				
20	Roceipón	369		X			40	
21	Fuente del Jatico	102		X			50	
22	Los Pelaos A	26a		X		0.04	88	30
23	Los Pelaos B	26b		X			55	0
24	Villaricos	371			X			

Tabla 1. - Yacimientos situados en el entorno de Almizaraque.

tarea fácil. Generalmente se olvida la complejidad de los elementos que intervienen en la elección de un asentamiento para caer en un reduccionismo que lleva a generalizaciones como el binomio de asentamientos calcolíticos en llano y argáricos en cerros elevados. En nuestro caso nos encontramos con una gran variedad en la disposición de asentamientos, independientemente de la cronología de los mismos. No parece posible determinar un tipo de emplazamiento característico para cada uno de los periodos, ya que parecen combinar todas las opciones de manera confusa, aunque probablemente no aleatoria.

Para el poblamiento **neolítico**, aunque los datos son relativamente escasos, esa diversidad de emplazamientos aparece ya marcada: el emplazamiento de El Arteal, sobre un pequeño amesetamiento en plena Sierra Almagrera, puede contraponerse al del grupo de bajos promontorios o cabezos como Las Palas o la primera ocupación de Almizaraque, que apenas se elevan 5 metros por encima de los terrenos aluviales, y a su vez quedan diferenciados de la ocupación que se produce en las zonas más altas de Cerro Virtud de Las Herrerías, a más de 40 metros sobre la vega. Esta diversidad se completa por el em-

plazamiento que debió tener el hoy desaparecido yacimiento de Diana, en el llamado Llano de Herrerías. Tales diferencias de asentamiento son extrapolables a otros yacimientos neolíticos del resto de la Cuenca de Vera, donde se eligen cerros elevados, como Cuartillas o Cabezo de Guevara, frente a Cabecicos Negros en zona llana.

Durante el **Calcolítico** los casos de Zájara, El Arteal y Cerro Virtud, con desniveles sobre la vega de más de 40 metros, vuelven a contrastar con el pequeño cabezo donde se asienta Almizaraque que apenas destaca sobre su entorno aluvial. Asimismo existen otros asentamientos de esta época sobre pequeñas elevaciones aunque sin que ello represente una marcada inaccesibilidad a los mismos, puesto que se encuentran dispuestos en las márgenes del Almanzora o de Canalejas, como son Hoya del Camaino, Cortijo Vilar u otros que debieron ubicarse en espacios similares, como Punta de Palomares, Nati y Burjulú. Estos yacimientos seleccionan un punto destacado sobre la vega, pero a su vez no diferenciado en relación al terreno alomado que se extiende tras el marcado aterrazamiento que forma el río. En el caso de La Mulería, algo más alejado de la rambla, la

elección no puede achacarse a la ausencia de elevaciones mayores, ya que este yacimiento se sitúa en un promontorio a unos pocos metros por encima de su entorno aluvial-cuaternario, pero justo al pie del cerro de la Torrecica que alcanza los 130 metros de altura. Es más, las gentes que ocuparon el lugar pudieron también haber elegido alguna altura intermedia más elevada que la que finalmente ocuparon.

Aunque hasta ahora todos los yacimientos calcolíticos citados al menos destacan ligeramente sobre su entorno, existen otros situados en zonas indiferenciadas como Los Pelaos B, Rambla del Jatico y Roceipón que además no se encuentran en relación con los cursos fluviales. Pero esta situación no es tampoco determinante ya que la posición de Los Pelaos A, en la cima de un cerro con cierto desnivel es opuesta a la del yacimiento de Los Pelaos B, situado en la zona indiferenciada al pie de esas mismas elevaciones, y ambos alejados de las ramblas.

En **época argárica**, aunque el número de asentamientos es menor, tampoco siguen una pauta estricta, especialmente en comparación con los ya citados grandes yacimientos de la zona como Fuente Álamo, Gatas, El Oficio o El Argar. En nuestra restringida zona en torno a Almizaraque la tendencia en este periodo es a ocupar las pequeñas elevaciones que destacan en las márgenes de la rambla, como anteriormente lo habían hecho los yacimientos calcolíticos, pero contamos además con dos casos singulares. El primero de ellos Villaricos, sobre el que no se conoce su localización exacta pero que debió ocupar alguno de los cerretes que hay en esa zona, donde las estribaciones de Sierra Almagrera y el mar ocupan toda la superficie sin apenas dejar terrenos llanos en las inmediaciones. El segundo caso lo constituyen los diversos restos arqueológicos conocidos en Herrerías: la presencia de dos enterramientos en cistas (una de ellas vinculada a una vivienda) en zonas diferentes y alejadas entre sí, junto a la existencia de otra casa en una zona intermedia a las anteriores y posiblemente otras tres casas en el sitio Siret 14, nos configuran una ocupación de escasa entidad tanto en zonas levemente alomadas como el Llano de las Herrerías y Diana, o promontorios más destacados como Mina Alianza, a la vez que muestra una dispersión del poblamiento lejos de la concentración que generalmente se atribuye al de esta época.

Al igual que esta diversidad de emplazamientos que caracteriza a toda la secuencia, el tamaño de los yacimientos dista también de poder considerarse homogéneo. Estos tamaños se han obtenido calculando la superficie útil de los asentamientos, aprovechando las delimitaciones naturales cuando éstas existen. Los cálculos deben considerarse orien-

tativos puesto que algunas veces la dispersión del registro arqueológico produce distorsiones aumentado la superficie real de la ocupación y en otros casos pueden quedar superficies no contabilizadas. Así por ejemplo, la superficie calculada para el Cabezo de Almizaraque ha sido 4.500 m<sup>2</sup>, mientras que la ocupación mayor para la fase más extensa o amplia de la ocupación llega como mucho a los 2.500 m<sup>2</sup>.

Durante el **Neolítico** el único dato aproximado que disponemos procede de Cerro Virtud, donde la superficie habitada no debió ser superior a unos 200 m<sup>2</sup>. Es decir, perfectamente en consonancia con los pequeños asentamientos que en este momento hemos visto que caracterizan a la Cuenca. Este pequeño asentamiento también ha proporcionado la única secuencia estratigráfica de toda esa zona que demuestra el carácter más permanente de los poblados desde estos momentos del Neolítico, aunque hubiera abandonos y fases de recesión<sup>13</sup>. En el caso del vecino poblado de El Gárce, la gran cantidad de silos excavados y la superficie que ocupan pudiera hacer pensar en un asentamiento de tamaño medio (0,4 ha), pero desconocemos el proceso de formación de esos silos y su contemporaneidad al faltar referencias estratigráficas.

Durante el **Calcolítico** nos encontramos en la desembocadura del río Almanzora con asentamientos de tamaños variados, sin que éste pueda vincularse al tipo de emplazamiento. Almizaraque es el mayor de todos ellos, aunque no el mayor de la Cuenca de Vera. El siguiente en tamaño es Zájara (0,3 ha) que ocupa un tipo de emplazamiento distinto. Un tercer tipo lo constituye La Mulería (entre 0,1 y 0,2 ha). Inmediatamente tendríamos algunos poblados muy próximos a los 1.000 m<sup>2</sup>, como El Arceal y Cerro Virtud y en último término aparecen pequeños asentamientos que no alcanzan los 500 m<sup>2</sup>, ya sea en pequeñas elevaciones o en terrenos indiferenciados.

Un aspecto interesante para calibrar el tamaño y la continuidad de ocupación de estos asentamientos podría ser su relación con las sepulturas colectivas. Se puede observar que únicamente los de mayor tamaño presentan asociación con una o varias tumbas que se sitúan respecto al poblado en distancias siempre inferiores a 1,5 Kms. Por otro lado, el tamaño de esas necrópolis parece asimismo estar en relación con el del poblado. Así lo apuntábamos en párrafos anteriores para Almizaraque. Las Pilas, que se considera como el mayor poblado calcolítico de la Cuenca, puede ponerse —todavía de forma hipotética— con siete de las sepulturas situadas en su entorno, en un esquema que nos lleva al caso extremo de Los Millares, por más que la ubicación de esas necrópolis no sea la misma respecto a los núcleos de habitación. En la zona que ahora nos ocupa, además de

Almizaraque, El Arctal disponía de una sepultura en sus proximidades y la de Los Pocos Bollos quizás esté relacionada con el yacimiento La Mulería o Diana. Otras sepulturas de la zona tienen más difícil atribución, además del hecho de que algunas de ellas pudieron ser neolíticas más que calcolíticas. En esta serie, de todas formas, el poblado de Zájara quedaría como excepción, al ser el único yacimiento con cierto tamaño donde sólo se conoce un enterramiento en cueva y además de sólo dos individuos.

En cuanto a las dimensiones de los poblados **argáricos** nos encontramos en la zona de desembocadura del Almanzora con pequeños asentamientos que no parecen superar los 500 m<sup>2</sup>, contrastando con los "clásicos" del resto de la Cuenca que superan al menos la hectárea. Se trata por tanto de pequeñas agrupaciones de casas, algunas de ellas no demasiado alejadas entre sí, como en Herrerías o en el Cortijo Soler y Hoya del Algarrobo.

### 3.1. La dinámica de la ocupación del territorio en el bajo Almanzora

Durante el Neolítico la Cuenca de Vera se halla ocupada por unos pocos (concretamente dieciseis) yacimientos que presentan una distribución que podríamos denominar equitativa en el espacio, puesto que frente a los yacimientos relativamente grandes y aislados entre sí del Antas, se dan concentraciones de yacimientos de pequeño tamaño cerca de la desembocadura del Almanzora. En esta última zona, parcela más restringida y objeto de nuestro estudio de hoy, parece claro el incremento de población entre el Neolítico y el Calcolítico. De los seis yacimientos documentados para el primero de esos periodos en esta zona del bajo Almanzora se pasa a dieciseis en época calcolítica. Pero sobre todo es interesante constatar que en ella algunos de los establecimientos neolíticos van a perdurar, experimentando un aumento en su tamaño, en la etapa siguiente. Así ocurre en Cerro Virtud. Algo que permite plantear una continuidad de la población —asumible ya en la primera ocupación del Cabezo de Almizaraque— que no volverá a repetirse en el resto de la secuencia de la zona.

No hay demasiada diferencia en lo que se refiere a los emplazamientos de los dos periodos. Pero durante el Calcolítico se ocupan también algunas zonas indiferenciadas, sin una clara proximidad al curso fluvial y se hace con una mayor diversificación de tamaños y estructura. Diferenciación de emplazamientos y dimensiones que son generales al medio centenar de yacimientos de toda la Cuenca de Vera de los que algunos, como Molino de la Higuera o Las Pilas permiten hablar de "aldeas", que llevan o pue-

den llevar defensas o muros de cierre y presentan concentraciones de cabañas circulares. Sin embargo, entre ellas abundan los pequeños establecimientos desperdigados. Un paisaje cuyo modelo queda claramente definido en el propio Almizaraque y su entorno.

En Almizaraque encontramos, en efecto, esa estructura interna de aldea que, al menos en sus fases finales, se amuralla. Visión ésta algo lejana de la imagen de un poblado aislado y extenso situado en un alto espolón adentrado en el mar (una plaza portuaria por la que es posible la entrada de influencias foráneas), que propone Schubart (1991: 23-25)<sup>14</sup>, y más en relación con la que ofrecen otros poblados calcolíticos bien conocidos como el Malagón de Cullar-Baza, cuando, prescindiendo de los baluartes y ocupaciones del cerro a cuyos pies se asienta, nos reducimos al grupo de cabañas que delimita la muralla (de la Torre y otros 1984: figs. 1 y 3). En eso evidentemente tanto Almizaraque como Malagón —al igual que a los otros yacimientos de la Cuenca de Vera, como el citado de Las Pilas— se separan ya no sólo del excepcional tamaño de Los Millares, sino de su tipo de asentamiento.

Tanto Almizaraque como el resto de los pequeños asentamientos del bajo Almanzora aprovechan los recursos disponibles que proporciona el entorno sin mostrar ninguna tendencia hacia la especialización. Ni siquiera la proximidad a recursos más particulares que los propios de subsistencia, como puedan ser los líticos o los mineros, parece determinante: no se manifiesta una producción controlada en relación al resto de los asentamientos.

En el caso de la metalurgia, desde sus primeros tanteos en el Neolítico, tal y como se documenta en Cerro Virtud (Montero y Ruiz-Taboada, en prensa), su conocimiento y producción se manifiesta en los yacimientos, independientemente de su tamaño y su ubicación en relación a los recursos. En este periodo hay documentada actividad metalúrgica tanto en Almizaraque como en Cerro Virtud, Burjúlú y Zájara. No en vano son precisamente establecimientos que marcan el paso sin ruptura entre el Neolítico y el Calcolítico en este entorno de la desembocadura del Almanzora, donde el metal no cumple esa función de delimitador cronológico-cultural que en otras zonas y secuencias se le atribuye.

La secuencia de Almizaraque —no más de 500 años— es índice del relativamente corto periodo que ocupa el Calcolítico en la Cuenca de Vera. Una etapa bien caracterizada y de aceleradas transformaciones cuya base demográfica y cultural son los pequeños establecimientos del Neolítico final. En ellos recoge las experiencias tecnológicas —referidas sobre todo a la agricultura y a la metalurgia— que le

permitirán avanzar hacia una sociedad mucho más compleja que la anterior.

En la Edad del Bronce se produce un cambio drástico en el modelo de poblamiento en la desembocadura del Almanzora. Así disminuye el número de poblados. Diremos que se pasa de los dieciséis calcolíticos a ocho argáricos, contando cuatro de ellos en la zona de Herrerías. También el número de yacimientos desciende a la mitad en el marco más general de la Cuenca de Vera. Parece pues, dadas las mayores dimensiones de los yacimientos argáricos, producirse una concentración de la población en esos grandes y "clásicos" poblados (El Argar, El Oficio, Fuente Álamo y Gatas). Sin embargo, no puede hablarse de crecimiento de la población. Tanto que si comparásemos —con todas las reservas necesarias— la superficie total ocupada en la Cuenca de Vera durante este periodo argárico (casi 7 Ha) con la que lo fue en el Calcolítico (10 Ha) obtendríamos sorprendentemente un descenso. Evidentemente esas cifras, por la conservación deficiente del registro y por un uso diferente del espacio en el interior de los yacimientos, entre otras circunstancias, sólo pueden tomarse como indicador de que la Cuenca de Vera no sufrió incremento notable en su población; algo que, por el contrario, quedaba claro en el paso del Neolítico al Calcolítico (Castro y otros 1995).

Sin embargo, más que este nulo crecimiento demográfico, nos parece más destacable el hecho de que no haya ninguna continuidad de ocupación entre ambos periodos: todos los yacimientos calcolíticos se abandonan. Comenzando por el propio Almizaraque que, tras la fase V, se abandona, en un proceso idéntico, esta vez de verdadera ruptura, que es general al resto de la Cuenca, excepto para el caso de Gatas (Chapman y otros 1987).

No hay argumentos para hacer derivar la economía argárica hacia la minería y la metalurgia, puesto que precisamente en la desembocadura del Almanzora, inmediata a las zonas ricas en mineral de

las estribaciones occidentales de Sierra Almagrera y en el área de Herrerías, no se da un poblamiento argárico de entidad. Nuestros ocho yacimientos argáricos son reducidos y parecen negar esa especialización. Así la ocupación argárica de Villaricos, cuya entidad desconocemos pero que por los materiales disponibles no debió ser mucha, no se relaciona con la explotación de mineral, ya que no es la zona de la Sierra más propicia. En Herrerías los datos proporcionados por Siret —unas cuantas viviendas algo dispersas, se asientan precisamente en la zona donde la mineralización es menos asequible quedando oculta en el terreno, mientras que en la zona de los ricos afloramientos occidentales se da ocupación neolítica y calcolítica, pero no hay restos argáricos. Resulta llamativo que el lugar donde existen abundantes recursos de plata nativa —es decir, que pudo abastecer una gran parte de la plata de la Edad del Bronce y tener un papel de control sobre este metal—, no disponga de ningún asentamiento que pueda justificarlo. De hecho tampoco hay poblados que controlen recursos concretos de cobre, ni minas que indiquen intensidad de explotación, por lo que la plata de Herrerías debió explotarse esporádicamente como el cobre, para abastecer necesidades inmediatas sin que existiera, o pueda plantearse la existencia, de un control en la explotación.

En la etapa siguiente, el Bronce Tardío, el descenso de población es, por contra, claro y seguro. Se conocen sólo ocho yacimientos, la mayoría con dificultades de medición, pero que no llegarían a ocupar ni una hectárea en su conjunto.

Aunque este trabajo se circunscribe a una zona muy concreta y no se trata más que de un avance de resultados, no hay duda que el cambio de escala en el estudio de un territorio, así como su visión diacrónica, nos permite observar un panorama completamente diferente a los planteamientos más generales y tópicos construidos a partir de yacimientos singulares.

## NOTAS

<sup>1</sup> Almizaraque fue uno de los yacimientos que Siret excavó personalmente, en contraste con, por ejemplo, Los Millares, donde la mayor parte de las actuaciones estuvieron a cargo de su capataz Pedro Flores.

<sup>2</sup> Durante el resto de las campañas contamos con la colaboración también inapreciable de varios alumnos de prehistoria o arqueología: Adela Cepas, García Villalba, Jose Javier Fernández Moreno, Yolanda Muñoz y Ángela González Álvaro.

<sup>3</sup> En el curso de nuestras excavaciones preferimos ser estrictos a la ho-

ra de considerar totalmente intacto un espacio, prescindiendo de zonas donde el sedimento arqueológico, sin estar alterado, presentaba dudas. Por otra parte, en la evaluación del relleno desaparecido tuvimos en cuenta el porcentaje de hueso y sílex trabajados del Museo respecto al que nosotros encontramos en los espacios significativos. Almizaraque es uno de los pocos yacimientos de los que puede decirse que está excavado en su casi totalidad.

<sup>4</sup> Así la existencia de un Neolítico precerámico o de una necrópolis de cistas argáricas o, incluso, el foso que rodeaba el poblado. Entre ellas parece la más lógica la de su extensa producción metálica. En su pu-



blación Siret hace mención de unas 70 piezas (Siret 1948: 117), de las que en el Museo Arqueológico Nacional restan una mínima parte. En nuestras excavaciones se han recuperado 15 (en su mayoría piezas menores como punzones). Ese volumen concuerda respectivamente con el alcance de las actuaciones. Lo que se olvida generalmente es que esas son "todas" las piezas de metal, ya que el depósito arqueológico de Almizaraque ha sido casi totalmente excavado. Algo que generalmente no sucede en el resto de los yacimientos en curso de excavación.

<sup>5</sup> Los alumnos que participaron en estas prospecciones fueron: Yolanda Álvarez, Javier de Carlos, José Carlos Carrasco, Consuelo Durán, Luis Francisco López, Simón Gornés, Juan Carlos Iglesias, José Ramón Ortiz, Ana Reviejo, Joaquín Rodríguez, Arturo Ruiz, Iñaki Sáez, Enrique Santamaría, Salomé Turinaga, Carmen Yáñez y Laura López Covacho. La estancia en el campo fue aprovechada por Ignacio Montero para sus trabajos de prospección metalúrgica, y por Leonor Berzosa para el estudio de la materia prima lítica de la zona.

<sup>6</sup> Supuso unas 1136 horas de prospección por un total de 32 personas. Contando con que la Cuenca de Vera tiene aproximadamente unos 320 Km<sup>2</sup>, se puede hacer el cálculo de un territorio de 10.000 m<sup>2</sup> para cada persona en una media de 35,5 horas, es decir, 28,2 Has cada hora. En esta superficie quedan incluidas amplias zonas de sierra.

<sup>7</sup> Paraje de Qurénima, en Antas.

<sup>8</sup> Estos son los de Cañada del Palmar (Turre), Cortijo de la Cueva Suscia (Turre), Cortijo de la Junta (Mojácar), Cortijo de Molino de la Higuera (Los Gallardos), Cortijo Rojo (Cuevas de Almanzora), La Fuente Abad (Antas), Grimá (Cuevas de Almanzora), Hoya del Camaino (o Camino) (Cuevas de Almanzora), Loma del Chaparro (Turre), La Mulería (Cuevas de Almanzora), Los Pelaos (Vera), El Pocioco (Turre), Rambla de Nuño Salvador I, II, III y VII (Vera) y Río de Antas II (Antas).

<sup>9</sup> Los yacimientos con materiales argáricos fueron los siguientes: Ba-

rranco Pinable (Cuevas de Almanzora), Cerro de los Mariscos (o de los Moriscos) (Mojácar), Cortijo de Fuentes (Vera), Cortijo Soler (Cuevas de Almanzora), "Número 15" (Vera), "Número 16" (Vera), Rambla de Nuño Salvador (Vera) y Río de Aguas I (Vera).

<sup>10</sup> Cortijo de la Teja (Turre), Cortijo Los Salas (Vera) y rambla Costillas I (Los Gallardos).

<sup>11</sup> Esto significa que cada persona prospectó un territorio equivalente a algo más de 1 Km<sup>2</sup> en 30 horas, es decir, 37,5 m<sup>2</sup> cada hora. Estos parámetros indican que de haberse proyectado toda la Cuenca de Vera como prospección intensiva hubiéramos cubierto solamente un 16% de su superficie, una proporción muy lejana a nuestros objetivos.

<sup>12</sup> Un resultado sorprendente, sin embargo, obtuvimos del trabajo realizado sobre el río Aguas (UTM 593.5-595/411.2-4112.2): un yacimiento de grandes dimensiones de época romana localizado en la prospección extensiva sólo entraba muy parcialmente en la última esquina prospectada del *transect*. En la intensiva este yacimiento fue calificado por el equipo correspondiente de pequeñas dimensiones, poca importancia y de época indeterminada. Es evidente que la revisión de la zona colindante tuvo que ser superficial necesariamente, lo que se debió con toda probabilidad al cansancio final, pero esto nos avisa del peligro que este tipo de prospecciones pueden igualmente entrañar.

<sup>13</sup> Las primeras dataciones radiocarbónicas obtenidas para Cerro Virtud nos sitúan en la primera mitad del cuarto milenio a.C. y sin calibrar y, por tanto, dentro de un convencional Neolítico Medio.

<sup>14</sup> Volvemos a recordar que la frecuente referencia a considerar a Almizaraque como poblado con materiales particularmente "ricos", debe tener en cuenta la circunstancia que claramente le diferencia de otros: todos sus materiales han sido extraídos. Visto desde esa perspectiva la cantidad de metal, respecto a poblados excavados muy parcialmente, resulta, por lo menos, parca.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1965): El poblado de Almizaraque de Herrerías (Almería). *VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protostoriche*, II: 378-379.
- ARRIBAS, A.; MOLINA, F.; TORRE, F. DE LA; NÁJERA, T.; SÁEZ, T. (1978): El poblado de la Edad del Cobre de El Malagón (Cullar-Baza, Granada). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3: 67-116.
- BINTLIFF, J. L.; SNODGRASS, A. N. (1985): The Cambridge/Bradford Beotian expedition: the first four years. *Journal of Field Archaeology*, 12(2): 123-161.
- CAMALICH, M.<sup>a</sup> D.; MARTÍN, D.; MENESES, M.<sup>a</sup> D.; GONZÁLEZ, P.; MEDEROS, A. (1987): Excavaciones arqueológicas en el poblado de Zájara (Cuevas de Almanzora, Almería). Campaña de 1987. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II: 175-178.
- CAMALICH, D.; MARTÍN, D.; GONZÁLEZ, P.; MEDEROS, A. (1987): Prospección Arqueológica superficial en la cuenca del Bajo Almanzora (Almería). Informe provisional. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, II: 54-57.
- CASTAÑO, P.; DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARISCAL, B.; MARTÍN, C.; MONTERO, I.; ROVIRA, S. (1991): Applications des methodes archéométriques pour l'analyse du Chalcolithique dans le bassin de Vera (Almería, España). *Révue d'Archéométrie*, 15: 47-53.
- CASTRO, P. V.; COLOMER, E.; ESCORIZA, T.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. Y OTROS (1995): Territoires économiques et sociaux dans le bassin de Vera (Almería, Espagne) depuis c. 4000 Cal. BC jusqu'à nos jours. *L'Homme et la dégradation de l'environnement*, Antibes: 299-313.
- CHAPMAN, R. (1981): Los Millares y la cronología re-

- lativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6: 75-90.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas*. Crítica. Barcelona.
- CHAPMAN, R.; LULL, V.; PICAZO, M.; SANAHUJA, M.<sup>a</sup> E. (1987): *Proyecto Gatas: Economía y Sociedad en el sudeste de España c. 2500-800 a.n.e. I: La prospección arqueoeológica*. British Archaeological Reports, International Series. Oxford.
- CUADRADO, J. (1947): Almizaraque la más antigua explotación de la plata en España. *II Congreso Arqueológico del Sudeste Español*: 168-185.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C. (1985): Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería). *XVII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 221-232.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C. (1986a): El poblado de Almizaraque. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla: 167-177.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C. (1986b): Die Kupferzeitliche Siedlung von Almizaraque (Cuevas de Almanzora, prov. de Almería). *Madridrer Mitteilungen*, 27: 11-26.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C. (1992): Almizaraque et le bassin de Vera (Almería, Espagne): Les origines du Chalcolithique dans le sud-est de la Péninsule Iberique. *Le Chalcolithique en Languedoc. Ses relations extra-regionales. Hommage à Jean Arnal*, Lattes: 291-297.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C.; ROVIRA, S. (1989): Almizaraque (Almería): Minería y metalurgia calcolíticas en el sudeste de la Península Ibérica. *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones europeas. Coloquio internacional*, I, Madrid: 81-96.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1992): Recursos naturales y desarrollo cultural durante el Calcolítico en la Cuenca de Vera (Almería). *Elefantes, ciervos y ovicaprinos* (A. Moure, ed.), Santander: 243-251.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. (1989a): El poblado neolítico de Cuartillas en Mojácar (Almería). *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, III: 31-35.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. (1989b): Le village de Cuartillas (Mojácar) et la transition néolithique-chalcolithique dans le bassin de Vera (Almería, Espagne). *Enceintes, habitats ceinturés, sites perchés du Néolithique au Bronze ancien*, Montpellier: 85-92.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; GILMAN, A.; MARTÍN, C. (1993): El sustrato neolítico en la Cuenca de Vera (Almería). *Trabajos de Prehistoria*, 50: 57-85.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; MARTÍN, C.; MONTERO, I.; ROVIRA, S. (1991): Almizaraque (Almería, Spain): Archaeometallurgy during chalcolithic in the southeast of the Iberian Peninsula. *Découverte du métal, Colloque International*, Paris: 303-315.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1989): El Neolítico Final en la Cuenca de Vera (Almería). *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica* (M. Fernández-Miranda, ed.), I, Madrid: 1-9.
- MARTÍN, C. (1989): El poblado de Almizaraque: los inicios de la metalurgia. *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica* (M. Fernández-Miranda, ed.), I, Madrid: 10-22.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1946): Cereales y Plantas de la cultura ibero-sahariana en Almizaraque (Almería). *Cuadernos de Historia Primitiva*, I: 35-45.
- MONTERO, I. (1994): *El origen de la metalurgia en el Sudeste de la Península Ibérica*. Colección Investigación, 19. Instituto de Estudios Almerienses.
- MONTERO, I.; RUIZ-TABOADA, A. (e.p.): Aportaciones a la definición del Neolítico Final en la Cuenca de Vera (Almería). *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. Gavà-Bellaterra, 1995.
- SCHUBART, H. (1991): Almizaraque y Zambujal como plazas portuarias de la Edad del Cobre. *Verdolay*, 2: 23-25.
- SIRET, E.; SIRET, L. (1890): *Las primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- SIRET, L. (1906): *Villaricos y Herrerías*. Madrid.
- SIRET, L. (1948): El Tell de Almizaraque y sus problemas. *Cuadernos de Historia Primitiva*, III: 117-124.
- TORRE, F. DE LA; MOLINA, F.; CARRIÓN, F.; CONTRERAS, F.; BLANCO, I.; MORENO, M.<sup>a</sup> A.; RAMOS, A.; TORRE, M.<sup>a</sup> P. (1984): Segunda campaña de excavaciones (1983) en el poblado de la Edad del Cobre de El Malagón (Cúllar-Baza, Granada). *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 9: 131-146.